

INTRODUCCIÓN

En los últimos seis años el gobierno estadounidense instrumentó un gran socorro para rescatar a los financistas que especularon con créditos *subprime*, burbujas y bonos empaquetados. Las investigaciones sobre el papel de Goldman Sachs en el diseño de hipotecas titularizadas fueron cerradas. Los expertos en ocultar riesgos y apañar créditos insolventes conservan sus empleos. Sólo cayó algún chivo expiatorio por estafas muy explícitas (Madoff) y se negocian algunas multas sin consecuencias penales con las calificadoras de riesgos (Standard and Poors).

Los bancos estadounidenses neutralizaron la reglamentación de una tenue Ley de supervisión, mantienen sus operaciones en las sombras, impiden la división de las grandes entidades y preservan los paraísos fiscales. Los gobiernos de Bush y Obama optaron por el rescate en lugar de cerrar o nacionalizar los bancos colapsados. Evitaron el camino de la clausura por temor a un desplome general de los depósitos y acreencias. Luego de la conmoción creada por la intervención de Lehman se disiparon las propuestas ortodoxas de precipitar una desvalorización masiva del capital.

Pero la asociación de los gobernantes con el poder financiero sepultó también las tentativas opuestas de avanzar hacia la estatización de las entidades. Esta complicidad contrasta con el trato dispensado a las víctimas de la crisis que padecen pobreza, desempleo y caída del salario.

Se ha mantenido intacta la estructura bancaria que detonó la crisis. El oxígeno oficial aportado a las entidades agrava todos los desequilibrios financieros. Lo más explosivo es la magnitud de la inyección monetaria consumada para auxiliar a los bancos. No existen precedentes de una emisión con efectos tan expansivos sobre la liquidez internacional. Nadie sabe cuándo y cómo esa descomunal suma de dinero será absorbida por la economía.

La Reserva Federal (*Fed*) introdujo una política de “relajamiento cuantitativo” para transferir un caudal millonario de fondos a los bancos. Intenta inducirlos a incrementar los préstamos con destino productivo. Pero los resultados de esa medida sobre el nivel de actividad económica han sido exigüos. Las entidades eluden derivar esos recursos a créditos de inversión o al

¹ Economista, investigador del CONICET, profesor de la UBA, miembro del EDI, <www.lahaine.org/katz>. Este artículo sintetiza algunas ideas que se desarrollan en el libro *Neoliberalismo, desarrollismo o socialismo*, de Claudio Katz, Ocean Press, 2015.

refinanciamiento de las familias endeudadas. Utilizan el dinero para incentivar un nuevo ciclo de especulación con materias primas, acciones o monedas extranjeras.

La *Fed* ha quedado atrapada en un complejo dilema. Si mantiene la liquidez continuará alentando las transacciones de alto riesgo que condujeron al estallido del 2008, pero si desactiva ese peligro incrementando la tasa de interés asfixiará la débil recuperación y reabrirá el grifo para una recesión de envergadura (Munevar, 2014).

A diferencia de los años sesenta, no está obligada a optar entre el crecimiento inflacionario y la retracción de la economía. En las últimas décadas se ha instalado un cuadro deflacionario que reduce el impacto de la emisión sobre los precios, pero debe lidiar con la disyuntiva de propiciar nuevas burbujas financieras o resignarse al continuado estancamiento.

LIDERAZGO FINANCIERO ESTADUNIDENSE

La crisis comenzó en Estados Unidos, se expandió al resto de las economías desarrolladas y terminó atenuándose en el país de origen. Esta curva se explica por la gravitación de la primera potencia en varios terrenos.

En primer lugar mantiene la primacía del dólar en el comercio y las finanzas. En esa divisa están nominadas 62% de las reservas y 85% de las transacciones globales. El billete norteamericano ha perdido su reinado de posguerra, pero ninguna otra moneda ocupa su lugar. Preserva una significativa hegemonía, mientras se negocia otro patrón internacional basado en la convivencia de varias monedas, el retorno a las paridades fijas o la formación de una canasta de divisas (Raghuram, 2012).

A pesar del elevado endeudamiento y déficit comercial que soporta la economía estadounidense, el dólar se mantuvo como refugio predilecto de los capitalistas en los momentos críticos del último sexenio. En esas coyunturas los acaudalados buscaron protección en ese signo monetario.

Estados Unidos define, en segundo término, el ritmo y las características de la reforma del sistema financiero internacional. Este ajuste normativo se ha tornado imperioso por la crisis reciente, la globalización de las finanzas y la interconexión de las Bolsas. Un reconocido jefe del clan bancario supervisa esta remodelación (Paul Volcker), para perpetuar la hegemonía de los capitales que operan desde Nueva York. También busca garantizar los privilegios del puñado de expertos que manejan ese complejísimo sistema.

La influencia de este sector se verificó en el veto que impuso a las propuestas de limitar las operaciones de alto riesgo. Los financistas bloquearon, además, las sanciones contra los causantes del *crack* de 2008 y consiguieron la continuidad de las escandalosas comisiones que cobran los gestores de las burbujas.

Estados Unidos logró, en tercer lugar, rehabilitar al FMI como auditor de las economías nacionales y supervisor de los ajustes. Una entidad desprestigiada y con recursos decrecientes cuenta nuevamente con muchos fondos y gran capacidad de intervención global. En los últimos cónclaves del G-20 se acordó duplicar el capital de ese organismo. Aunque los norteamericanos aportan poco dinero mantienen una influencia predominante en el directorio. La agenda del FMI se define en Washington.

Este poder de Wall Street y la Reserva Federal explica cómo pudo la potencia del Norte exportar una crisis originada en su territorio. Al comienzo del temblor impuso la estrategia de expandir la liquidez bancaria y neutralizó la resistencia de Alemania. Ha recurrido nuevamente a la inundación internacional de dólares, que en el pasado facilitó la licuación de la deuda pública estadounidense. Ante la ausencia de alternativas los tenedores de esa moneda vuelven a aceptar ese riesgo.

Muchos bancos del país se han recompuesto con fondos públicos y comienzan a devolver parte del dinero obtenido durante el rescate. Por eso la *Fed* propicia un giro hacia la restricción monetaria y el aumento de las tasas de interés (Noyola, 2014).

En las fases anteriores de liquidez, la política monetaria expansionista condujo a la emigración de capitales hacia las economías intermedias, que ofrecían mayor rendimiento a los fondos golondrina. En el escenario opuesto que se avecina (de encarecimiento del costo del dinero), comenzaría un retorno de esos capitales hacia las economías centrales.

En ambos periodos Estados Unidos ha orientado el ciclo financiero global, confirmando el rol central que tienen Wall Street, la *Fed* y los bancos de ese país en el desenvolvimiento del capitalismo contemporáneo (Katz, 2011: 53-64).

DETERIORO INDUSTRIAL

La otra cara de este protagonismo internacional es el deterioro interno de la economía del Norte. Ese declive se corrobora en el débil crecimiento, que ha sucedido al endeudamiento privado y a la insolvencia desatada por la crisis de las hipotecas.

La recuperación de la economía está afectada también por el enorme costo fiscal que ocasionó el socorro de los bancos. La deuda pública alcanzó un peligroso techo luego de saltar de 62% (2007) a 100% del PBI (2011). La gravedad de esta carga fue testeada el año pasado durante el cierre del gobierno federal. La administración dejó de funcionar, mientras republicanos y demócratas discutían los límites al financiamiento de ese pasivo.

El *establishment* utilizó el abismo fiscal como un argumento de ajuste, para forzar cortes más drásticos en el gasto municipal y social. Finalmente no se

produjo el temido *default*, ni la dramática corrida contra los bonos del Tesoro. Pero lo ocurrido ilustra la dimensión de la crisis fiscal que corroe a la economía norteamericana (Navarro, 2013).

Esta flaqueza se acentúa, además, por la impotencia que demuestra Obama para introducir reformas mínimas. Bajo la presión del *Tea Party* y los republicanos aceptó el vaciamiento de su proyecto de salud. Los millones de estadounidenses que carecen de protección sanitaria deberán afiliarse a un servicio privado prepago regulado por el Estado. El proyecto de una cobertura significativa y menos onerosa quedó archivado.

Como la derecha ha bloqueado cualquier reintroducción de impuestos a los ricos, todo el ajuste sigue recayendo sobre los trabajadores. Obama choca con los republicanos en temas culturales (aborto, matrimonio homosexual) y prioridades políticas (inmigración, uso de armas). Pero su agenda económica es muy semejante. Un abismo lo separa del *New Deal* que instrumentó Roosevelt durante la Gran Depresión.

El presidente actual mantiene una política neoliberal adversa a los sindicatos y rechaza todas las sugerencias de los economistas keynesianos para regular a los bancos, aliviar a los pequeños deudores y mejorar el ingreso de los empobrecidos.

Como resultado de este continuismo un puñado de multimillonarios ha triplicado su apropiación del PBI en comparación a los años setenta. El sistema impositivo que impuso el *reaganomics* no ha cambiado, mientras uno de cada seis norteamericanos vive con ingresos inferiores a la línea de pobreza.

El endeudamiento personal constituye otro índice del mismo deterioro. Es un recurso de supervivencia frente a la pérdida de ingresos, que utilizan todas las víctimas del modelo actual. Las familias de Estados Unidos han quedado particularmente atrapadas en la madeja de esta financiación.

Las brechas sociales se amplían además con la expansión del desempleo, que no decae en los momentos de reactivación. Gran parte de los empleos perdidos desde 2008 desaparecieron para siempre. Las grandes empresas continúan incrementando la productividad con innovaciones que expulsan mano de obra, mientras amplían su deslocalización de plantas. Crean fuera del país los empleos que destruyen internamente, multiplicando los barrios fantasmas en las ciudades obreras como Detroit.

Es cierto que este deterioro industrial coexiste con el liderazgo estadounidense en la creación de nuevas tecnologías de la información. Pero esa actividad genera poco empleo y no podrá encabezar un resurgimiento del nivel de ocupación. La emigración de empresas hacia países con menores costos laborales genera pérdidas de puestos de trabajo muy superiores a la recuperación de empleos que acompaña al desarrollo de las actividades de punta. Las nuevas tecnologías no recrean el trabajo masivo de la industria clásica.

REAJUSTES EN LA PRIMACÍA BÉLICA

Estados Unidos conserva un papel internacional protagónico a pesar de su pérdida de liderazgo industrial. ¿Cómo se explica esta disociación? La influencia decisiva de sus bancos aporta una respuesta. Pero la principal explicación se encuentra en el papel imperial que despliega la primera potencia. Esa supremacía militar le permite preservar protagonismo económico.

El gendarme del planeta es garante del orden capitalista. Es un sheriff que maneja 40% del gasto bélico global, a través de 800 bases militares distribuidas en 130 países. No tiene sustituto en este papel de custodio de las clases dominantes. Protege al capital frente a las amenazas sociales serias o las situaciones de extrema inestabilidad (Anderson, 2013).

Actualmente Obama perfecciona estas formas de intervención. Promueve una menor presencia directa de tropas para facilitar acciones laterales con mayor sostén tecnológico. El curioso Premio Nobel de la Paz incorporó a su equipo a un exhalcón republicano (Check Hagel) y a un experto en provocaciones de la CIA (John Brennan). Ha decidido evitar las invasiones con más operaciones encubiertas.

Washington es la capital de una guerra perpetua. Un ejército secreto de 60 000 hombres se encarga de implementar los mandatos de una diplomacia militarizada que desinforma a la población. Este encubrimiento es facilitado por el ínfimo porcentaje actual de alistamiento de la ciudadanía.

Las operaciones quirúrgicas son realizadas por comandos entrenados para el asesinato. El caso de Bin Laden ilustra cómo estas ejecuciones son resueltas sin procesos judiciales. Obama maneja la lista de condenados y define el momento de cada crimen. Utiliza una ley secreta para detener a los sospechosos de terrorismo en cualquier parte del mundo y refuerza los grupos de tareas que pasaron de 35 (2002) a 106 (2010) (Gelman, 2012).

Esta política conduce a restricciones de las libertades democráticas, como se ha notado en la venganza que soporta la soldado Chelsea Manning por destapar información sobre la violencia imperial. La persecución internacional que sufren Assange y Snowden obedece al mismo propósito de silenciar la brutalidad de las operaciones estadounidenses. Este belicismo repercute internamente en el continuado crecimiento de población civil armada, los asesinatos en los colegios y la expansión de las milicias de derecha.

Obama reajusta la estrategia imperial para reparar la fatiga política y el agujero financiero que dejó Bush. Después de la crisis de 2008-2009 Estados Unidos no puede costear guerras infinitas. Los 800 000 millones de dólares gastados en Irak y los 450 000 millones desembolsados en Afganistán dejaron exhausto al Tesoro. Tal como sucedió luego de Vietnam, la primera potencia necesita cicatrizar las heridas para retomar el intervencionismo. No es la primera vez que el imperio introduce un paréntesis entre dos cruzadas (Petras, 2013).

IMPERIALISMO COLECTIVO

La reorientación actual incluye una revisión de las prioridades bélicas, para reducir la presencia estadounidense en Medio Oriente y aumentar la presión sobre China. En la primera región se transfieren responsabilidades a los socios locales, mientras la CIA preserva el control de las operaciones secretas, el manejo de la información y la provisión selectiva de armamento.

En la segunda zona el Pentágono incrementa el número de tropas localizadas en la zona del Pacífico, afianza el cerco sobre Corea del Norte y supervisa los conflictos limítrofes entre Japón, Corea y China. Pero además, los *marines* entrenan tropas de 34 países africanos y encabezan todas las “intervenciones humanitarias” que requieran las empresas multinacionales. Sostienen especialmente la tensión sobre Rusia, a través de los nuevos satélites que incorporó la OTAN.

El gendarme global mantiene su vieja estrategia de hostilizar a los adversarios para obligarlos a negociar. El acuerdo con Irán es el ejemplo más reciente de esta política. La primera potencia impuso el desarme nuclear a cambio de concesiones mínimas. Logró este objetivo al cabo de muchos años de bloqueo comercial y ofertas de negocios a la burguesía persa.

La renuncia a bombardear Siria demostró que Estados Unidos tiene limitada su capacidad de intervención militar directa, pero no su papel de mandante geopolítico. Está ubicado en la primera fila de las negociaciones, luego de la contraofensiva iniciada en Libia para sepultar la primavera árabe en guerras sectarias.

Se ha retirado superficialmente de los conflictos de la región, para facilitar un desangre que le permita negociar nuevas alianzas con los ganadores de las batallas en curso. Fue el modelo que utilizó con Irak contra Irán, para luego sepultar a Irak y terminar negociando con Irán. En Siria financia a los yihadistas contra el gobierno para luego exigir la depuración de los fundamentalistas. En el Líbano apaña el reinicio de las matanzas.

Pero como cada aventura alumbraba una nueva fuerza reaccionaria autónoma, la secuencia de guerras no tiene fin. Ya sucedió con los talibanes y Al Qaeda. El próximo descarrilamiento podría ser encabezado por Arabia Saudita, si el reino continúa avanzando en la construcción de una bomba atómica para reforzar sus ambiciones regionales (Armanian, 2014).

Es evidente que el sheriff del mundo quedó afectado por el resultado de Irak. Debió abandonar un fallido ensayo colonial que devastó a ese país. Pero sigue manejando los hilos de la región junto a sus socios y –a diferencia de Vietnam– no soportó una crisis interna por las matanzas perpetradas.

Luego de la experiencia iraquí, Obama promueve acciones imperiales más coordinadas y trata de compartir costos con sus socios internacionales. Busca que Europa hostilice a Rusia frente a la crisis de Ucrania, que Francia intervenga en África y que las elites locales se involucren más directamente en los conflictos de Yemen, Tailandia, Pakistán o Egipto.

Esta política apunta a incrementar la participación de sus aliados en la custodia imperial sin resignar el manejo de las prioridades. Estados Unidos determina quiénes son los integrantes y excluidos de la OTAN, cómo opera el eje forjado durante la guerra fría con Europa y Japón y qué papel deben cumplir las subpotencias ya probadas (Israel, Canadá, Australia), seleccionadas (Turquía, Brasil, Sudáfrica) o eventuales (Pakistán, India).

Estas tendencias confirman que el papel militar de Washington no se ha modificado. Preserva el liderazgo de una gestión imperial colectiva, que en la segunda mitad del siglo xx sustituyó a las viejas confrontaciones bélicas interimperialistas (Katz, 2011: 69-81).

Algunos autores cuestionan esta caracterización remarcando el declive militar de Estados Unidos. Interpretan los desenlaces geopolíticos recientes en Medio Oriente, Europa Oriental o Asia como expresiones de impotencia de un viejo gendarme. Estiman que el Pentágono ha quedado irreversiblemente agotado y retrocede frente a cada desafío. Consideran que luego de ejercer cierta hegemonía cultural durante los años noventa (con la fantasiosa ilusión de un “siglo americano”), los yanquis han perdido la partida (Sapir, 2008: 16, 62-67, 84-88); Zibechi (2012); Meyssan (2013).

Pero resulta difícil corroborar este diagnóstico a la luz de lo ocurrido en los últimos años. Estados Unidos sigue fijando las pautas y asumiendo las decisiones más relevantes de la acción imperial. Es la voz cantante a la hora de definir quiénes son los integrantes y los excluidos del club nuclear.

En ese terreno negocia con sus viejos antagonistas (China y Rusia), comparte el armamento con sus socios (Francia, Gran Bretaña) y agentes privilegiados (Israel), acuerda la magnitud del poderío atómico con regímenes históricamente próximos (Pakistán) o actualmente afines (India). Al mismo tiempo impone una duro acoso contra quienes buscan dotarse de esos recursos bélicos en forma autónoma (Corea del Norte).

Estados Unidos ha perdido capacidad de acción unilateral, pero no poder de intervención en la dirección del imperialismo colectivo. Este comando obedece a la inexistencia de otro timón para la custodia general del capitalismo. Estas tendencias se verifican en América Latina.

COERCIÓN PARA RECUPERAR HEGEMONÍA

Estados Unidos reforzó su presencia en Centroamérica y mantuvo gravitación en Sudamérica. Mantiene su influencia en la región desplegando fuerzas militares. El Comando Sur de Miami –que supervisa este control– cuenta con más personal civil dedicado a Latinoamérica que todos los departamentos asignados a la misma zona en Washington.

Esta preeminencia del Pentágono se acentuó con la instalación de siete bases de gran alcance en Colombia. En ese país impera desde hace décadas el terrorismo de Estado, el asesinato de sindicalistas y el desplazamiento forzoso de campesinos.

La CIA, la DEA y otras agencias secretas participan también en forma activa en la guerra social que ya dejó más de 60 000 muertos en México. Han aprovechado este conflicto para diseñar planes de militarización (Aspan, 2005; Mérida, 2007), intervenir en la modernización del Ejército e influir en el dictado de leyes contrainsurgentes. Incluso han negociado con los cárteles a espaldas de las autoridades locales. Inspiraron, además, la ideología del miedo que se utiliza para justificar la acción cotidiana de los gendarmes.

Esta injerencia se desarrolla bajo un estandarte hipócrita de lucha contra las drogas, que encubre la función protagónica de Estados Unidos como mercado y refugio financiero del narcotráfico. En los bancos de ese país se lava 70% del dinero generado por ese negocio. Bajo vigilancia norteamericana, Colombia persiste como el principal productor regional y Perú aumentó su plantación en 55% en el último decenio (Berterretche, 2010).

La misma presencia yanqui se verifica en la guerra contra las bandas delictivas de Centroamérica (maras). Su persecución es esgrimida para atropellar a los pobres y apañar ejecuciones en los barrios carenciados. También en las posesiones coloniales del Caribe el Pentágono multiplicó sus instalaciones militares (Islas Vírgenes, Puerto Rico), en estrecha asociación con Holanda (Curazao) y Francia (Martinica).

Cualquiera de estos hechos desmiente la ingenua creencia en la “pérdida de interés estadounidense por América Latina” o en el inminente “abandono de la doctrina Monroe”. Existe un llamativo divorcio entre esa sensación de repliegue y la creciente presencia imperial en toda la zona.

Desde el embarque de la IV flota (disuelta en 1950 y reinstalada en 2008), el total de militares latinoamericanos entrenados por el Pentágono superó el promedio de decenios precedentes (195 807 efectivos en 1999-2011). La asistencia militar-policial involucra altísimas sumas (6 821 millones de dólares en 2009-2013) y se incrementaron los tratados para compartir información sensible. Estados Unidos mantiene desplegados a unos 4 000 uniformados en forma permanente para acciones de emergencia. Sus drones operan sin ninguna restricción en todo el hemisferio (Tokatlian, 2013).

La función geopolítica central de América Latina para el imperio no ha cambiado y el manejo de esa supremacía con instrumentos de coerción y consenso tampoco se ha modificado. Esa estrategia siempre implicó una complementación bipartidista del garrote (Eisenhower, Reagan, Bush I y II) con la zanahoria (Clinton, Carter), sin rígidas distinciones entre republicanos y demócratas. Como Obama necesita reorganizar drásticamente las formas de intervención retoma la tradición afable. Recomponen paulatinamente esta injerencia, enmendando el lastre que dejaron las infructuosas guerras de Bush.

El margen de acción directa de los *marines* ha quedado recortado en América Latina desde el fracaso del ALCA, el declive de la OEA y la irrupción de organismos distanciados del mandato imperial (UNASUR, CELAC). La embajada yanqui ha perdido peso en varios países de Sudamérica, el espionaje genera inéditas protestas y dos denunciadores de esas actividades han recibido ofertas de asilo en la región (Snowden por parte de Venezuela y Assange de Ecuador). El intento yanqui de penalizar estas reacciones con la “retención” en vuelo del presidente de Bolivia no dio ningún resultado.

Tal como en los años setenta, Obama intenta restablecer la capacidad de acción de Estados Unidos. Repite el sendero que transitó Carter para atemperar los efectos de Vietnam y el Watergate. Estados Unidos procesa esta adversidad con los recursos de la única potencia que ejerce la custodia del capital a escala global. Esa supremacía militar le otorga una gran ventaja sobre sus competidores europeos y asiáticos.

ESTRATEGIAS Y RIVALES

Los recursos naturales del Sur son la prioridad de las empresas del Norte. El imperio apetece los minerales, el petróleo, el agua y los bosques de América Latina. El Departamento de Estado tiene mapeadas estas reservas y atesora datos ignorados por el resto del hemisferio. No por casualidad 98% de las comunicaciones de la región pasan por algún centro informático estadounidense.

El interés económico de la primera potencia por el resto del hemisferio no ha decaído. Se mantiene al tope en el *ranking* de inversores externos de la región y en 2012 esas colocaciones fueron cinco veces superiores al quinquenio precedente. Las exportaciones al mismo destino crecen por encima de las ventas a otras zonas (Tokatlian, 2013).

Pero este terreno no está exento de competidores. Durante los años ochenta y noventa Europa incrementó su presencia en la región a través de España. El ingreso de ese país al euro y la internacionalización de sus empresas condujeron a un inédito aumento de las empresas hispanas en sus antiguas colonias. Durante el *boom* de las privatizaciones, esa inversión se situó incluso por delante de Estados Unidos.

Pero el futuro de España en la zona es una incógnita. Latinoamérica ha sido la tabla de salvación de muchas compañías ibéricas desde el estallido de la crisis global. Financiaron sus desbalances con transferencias de las filiales situadas en el Nuevo Continente. Pero este rescate se ha combinado con cambios de propiedad en los paquetes accionarios y nadie sabe quién terminará manejando esas compañías.

Europa continúa negociando tratados de libre comercio con la región, pero la expectativa de una gran mercado iberoamericano se está diluyendo.

Los mandantes del viejo continente disputan negocios, pero no la preeminencia de Estados Unidos en el hemisferio.

El desafío que introduce China presenta otro alcance. En el último decenio el gigante asiático se convirtió en el gran mercado de las materias primas exportadas por la región. Absorbe 40% de esas ventas y algunas estimaciones consideran que cada punto de incremento del PBI chino arrastra 0.4% de su equivalente latinoamericano.

También las inversiones de la potencia oriental se expanden en forma vertiginosa. Subieron de 15 000 millones de dólares (2000) a 200 000 (2012) y llegarían a 400 000 (en 2017). China se está convirtiendo en una gran fuente de crédito. Entre 2005 y 2011 concedió préstamos por más de 75 000 millones de dólares, superando los montos otorgados por Estados Unidos o el Banco Mundial (Hernández, 2013).

Aunque esos préstamos se negocian en mejores condiciones, su principal destino son proyectos de minería, energía o *commodities*, que afianzan la especialización latinoamericana en la provisión de insumos básicos.

China introduce una amenaza comercial a la supremacía estadounidense. Pero al igual que Europa no aspira al control geopolítico de la región. Hay rivalidad económica, pero sin consecuencias político-militares a la vista.

Incluso llama la atención la aceptación yanqui de la presencia oriental en áreas vedadas. Hay empresas chinas en Panamá y la construcción de un nuevo canal —que atravesaría Nicaragua— ha sido adjudicada a constructores de ese origen, sin desatar la reacción del Departamento de Estado. Esa tolerancia ilustra el interés que también tienen las compañías estadounidenses en la ampliación de las transacciones marítimas con Oriente.

LA CONTRAOFENSIVA DEL PACÍFICO

La estrategia económica estadounidense gira en torno a los tratados de libre comercio. De los 20 acuerdos de este tipo que ha suscrito en todo el mundo, la mitad se localiza en la región. Con el ALCA aspiraban a forjar un gran mercado sin barreras para las compañías del Norte. Pero ese proyecto fracasó en 2005 por la resistencia que desplegaron varios países. No se pudo concretar el gran bazar que promovía Washington para manejar las exportaciones desde Alaska a Tierra del Fuego.

Estados Unidos comenzó a suscribir convenios bilaterales para reemplazar el fallido acuerdo hemisférico y ahora ensaya otro paso con la constitución de la Alianza del Pacífico. Motoriza esta iniciativa mediante giras presidenciales y promesas de todo tipo. Ya concretó un bloque con Perú, México, Chile y Colombia, se apresta a sumar a Panamá y Costa Rica y tiente a Uruguay y Paraguay con el estatus de observadores (Morgenfeld, 2013).

Los tratados buscan incrementar las ventas estadounidenses a mercados que se tornan cautivos, a medida que la apertura arancelaria destruye la competitividad local. También refuerzan el patrón de especialización minero-petrolera de América Latina, para asegurar el abastecimiento de insumos básicos a las empresas yanquis.

El proyecto apunta, además, a la triangulación mundial. Está concebido como un puente con los dos convenios gigantescos que la primera potencia promueve con 28 naciones de la Unión Europea (Tratado de Sociedad Transatlántica de Comercio e inversión, TTIP) y con 11 países asiáticos (Acuerdo de Asociación Transpacífico, TPP). Estos acuerdos se amoldan a las necesidades de las empresas más globalizadas, que fabrican en distintas localizaciones y lucran con la movilidad de capitales y mercancías.

En el plano geopolítico, la Alianza del Pacífico busca neutralizar cualquier proyecto de autonomía latinoamericana. Por eso se ha sustituido la suscripción dispersa de los tratados de libre comercio por un plan articulado de bloque regional.

México es el ejemplo más avanzado de esa estrategia. En dos decenios de vigencia del TLCAN el país se ha transformado en una plataforma de petróleo y maquilas para el mercado estadounidense. Los neoliberales celebran esta asimilación difundiendo inverosímiles imágenes de progreso, que ocultan la desarticulación de la economía mexicana (Cárdenas, 2013; Oppenheimer, 2013).

La industria que México forjó durante la sustitución de importaciones ha quedado desmantelada. Por cada dólar que se exporta a Estados Unidos hay cuarenta centavos de importaciones del comprador. Esta atadura supera a Canadá y presupone un sometimiento absoluto. La formalidad de un tratado tripartito oculta una sociedad entre dos poderosos que subordinan al integrante latino. México vende 90% de sus productos a su vecino, tiene sus riquezas naturales atadas a ese mercado y drena mano de obra para realizar trabajos de baja calificación al otro lado de la frontera (Echeverría, 2012). Esta dependencia extingue la autonomía de política exterior que exhibía México en los años sesenta, cuando mantenía relaciones diplomáticas con Cuba desafiando al resto del continente. Esa actitud ha quedado demolida con el NAFTA, que impera borrando la memoria de la enorme confiscación territorial que Estados Unidos le impuso a su vecino durante el siglo XIX.

En síntesis, Estados Unidos no se desinteresa de América Latina. Con una diplomacia más afable despliega tropas para reorganizar su dominación, buscando asegurar su control de los recursos naturales ante los competidores de Europa y China. El instrumento geopolítico de esta acción es el Tratado del Pacífico, que apunta a retomar los objetivos imperiales que no se alcanzaron por medio del ALCA.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry, 2013, "American Foreign Policy and Its Thinkers", en *New Left Review*, núm. 83, London, sept-oct.
- Armanian, Nazanín, 2014, "Arabia Saudí: el viaje más importante de Obama", en <www.other-news.info/31/3>.
- Berterretche, Juan Luis, 2010, "El embuste de la guerra contra la droga", en <www.argenpress.com>, 7 de diciembre.
- Cárdenas, Emilio, 2013, "El éxito del Nafta, veinte años después", en *La Nación*, 9 de enero.
- Echeverría, Pedro, 2012, "México país poderoso", en <www.argenpress.com/10/4>.
- Gelman, Juan, 2012, "Robotizando la guerra", en *Página/12*, 9 de febrero.
- Hernández, Navarro Luis, 2013, "La reinención de Latinoamérica", en <www.alainet.org/active>, 26 de diciembre.
- Katz, Claudio, 2011, *Bajo el imperio del capital*, Bogotá, Espacio Crítico.
- Meysan, Thierry 2013 "Hacia un mundo sin Estados Unidos", en <www.voltairenet.org>, 15 de octubre.
- Morgenfeld, Leandro, 2013, "Alianza del Pacífico hacia un nuevo ALCA", en <www.albatv.org>, 5 de mayo.
- Munevar Daniel, 2014, "Inestabilidad en los mercados emergentes: El fin de un ciclo", en <www.pensamientoscontracorrientes.blogspot.com>, 19 de marzo.
- Navarro, Vincent, 2013, "La falsa alarma del abismo fiscal en Estados Unidos", en <www.vnavarro.org>, 11 de enero.
- Noyola Rodríguez, Ariel y Noyola Rodríguez, Ulises, 2014, "La rivalidad euro-dólar", en <www.contralinea.info>, 6 de abril.
- Oppenheimer, Andrés, 2013, "El plan de Kerry para América Latina", en <www.elnuevoherald.com>, 15 de diciembre.
- Petras James, 2013, "The changing contours of us Imperial", en <www.worldtruth.org>, 22 de diciembre.
- Raghuram, Rajam, 2012, "El boom commodities crea problemas", en <www.ambito.com>, 23 de agosto.
- Sapir, Jacques, 2008, *El nuevo siglo XXI*, Madrid, El Viejo Topo.
- Tokatlian, Juan Gabriel, 2013, "Bye Bye Monroe, Hello Troilo", en <www.elpais.com/elpais>, 27 de noviembre.
- Zibechi, Raúl, 2012, "Hacia un mundo des-americanizado", en <www.hunna.org/el-ira-las-cosas-de-la-politica>, paginaglobal.blogspot.com, 14 de septiembre.